

UN DIOS PADRE DE TODOS

Queridos diocesanos:

La conducta de Jesús con los pecadores, los pobres, los niños o las mujeres no es más que un reflejo del comportamiento del Padre con todos los hombres. Con estas actitudes, que hemos ido describiendo en semanas pasadas, Jesús quiere poner de relieve que Dios es el “Padre” de todos, “que hace salir el sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos” (Mt 5, 45). Dios actúa sin restricciones ni condicionamientos, sin medidas o valoraciones previas. Incluso los malos y los injustos pueden encontrar acogida cerca de él pues saben que su Padre los tratará igual que a los demás. Dios no discrimina; Dios no hace acepción de personas. También los malos tienen derecho a ser amados. Con una bondad generosa y sorprendente, Dios cuida todas las cosas creadas y acoge a todos los hombres. Él da cosas buenas a los que le piden, porque es Padre bueno que ama a todos sus hijos (cf. Mt 7, 9-11).

Es significativo que las parábolas de la misericordia (cap. 17 de san Lucas) son contadas por Jesús como respuesta a las críticas y murmuraciones de fariseos y escribas ante el hecho de que publicanos y pecadores se acercaran a escucharlo (cf. Lc 7, 1-2). Jesús les hace ver que Dios es Padre de todos y que a Él le preocupa la oveja que se ha extraviado, la moneda perdida y, sobre todo, aquel hijo que ha marchado lejos y al que aguarda con paciencia para abrazarlo y llenarlo de besos cuando decida regresar. Dios no se resigna a perder ninguno de sus hijos y por eso no duda en salir a buscarlos y se alegra enormemente cuando regresan. El amor del Padre no pone condiciones y se extiende tanto al hijo que se ha marchado como a aquel otro que estuvo siempre con él, pero que no parece haber descubierto la bondad del padre. Dios es un Padre que sólo es feliz cuando puede ver reunidos a todos sus hijos en el hogar, cuando ve sentados a su mesa a hombres de todos los pueblos.

Dios abre de par en par las puertas de su casa a todos. Jesús subraya que son invitados de manera especial todos aquellos con los que en principio no se contaba: los pobres e inválidos, los ciegos y cojos, los vagabundos y los que viven en la calle (cf. Lc 14, 16-24). Dios da entrada en su Reino a todo el mundo, sea cual sea su condición, aunque solamente los sencillos advierten esta bondad de Dios y por eso, ellos son los más sabios y entendidos (cf. Mt 11, 25).

Jesús nos invita a ser hijos de este Padre, amando también nosotros a todos, incluso a los enemigos (cf. Mt 5, 44). Dios nos ha perdonado una deuda enorme y, por eso, nos pide que nosotros perdonemos de corazón al hermano (cf. Mt 18, 35). En la parábola del siervo sin compasión se pone de relieve, además, que el perdón que nosotros ofrecemos es insignificante comparado con el que hemos recibido de Dios. Quien se sabe perdonado aprende que no debe juzgar, ni condenar a los demás, sino siempre perdonar (cf. Lc 6, 37). ¡Ojalá sepamos hacer nuestra esta actitud fundamental de nuestro Dios!